

INAGADA LA VIDA y LA QUE HUBIERA AMADO TANTO

Dos obras del dramaturgo Alejandro Licona (1953) están programadas en este XXVI Encuentro Nacional de Amantes del Teatro, la presente y “La que hubiera amado tanto” ambas tuvieron lugar el mismo día, una seguida de la otra. Hago este señalamiento porque no es común poder ver dos obras de corte tan opuesto de un mismo autor. Resulta obvio que el monólogo “Inagada la vida” es de muy reciente creación dado que en ella se hace referencia a la muerte de los escritores Carlos Monsiváis (19 de junio de 2010) y Carlos Fuentes (15 de mayo de 2012) en ella un hombre, de avanzada edad, hablando a solas hace un inventario de sus padecimientos, el peor de ellos la amnesia... “me dijeron que me tomara estas pastillas alemanas que son para recordar pero no me acuerdo de tomarlas” halla en su saco un fajo de billetes y tras la llamada telefónica de su compadre entiende que ha vendido su casa para irse a vivir a Veracruz pues sus hijos quieren internarlo, por segunda ocasión, en un manicomio. No recuerda nada. La obra finaliza cuando los hijos, acompañados de médicos tocan a la puerta del protagonista. Actuación y dirección corren a cargo de Fernando López Hernández de la Compañía Escénica A.C. de Aguascalientes quien por cierto no aparenta la edad de un hombre con el rosario de problemas del personaje aunque reconozco que sale avante con la tarea. Habría que sugerirle a este buen actor que permita ser dirigido por alguien más seguro que la experiencia le daría muchos más enfoques al melodrama tragicómico interpretado que por cierto propone sorpresas y matices inesperados. Deseamos a Licona que la presente obra no tenga tintes autobiográficos y que mantenga la lucidez y creatividad que le conocemos desde hace casi 40 años. Después del monólogo vimos “La que hubiera amado tanto” esta vez a cargo de Toputshi Teatro dirigida por Noé Nolasco. Aquí Licona desnuda la avasallante misoginia mexicana representada por el joven Odilón que está dispuesto a todo por vivir una aventura sexual. Un amigo le propone utilizar el servicio de mujeres desechables que se ofrece en latas, la que él le obsequia es una lata abollada conseguida en la sección de saldos. La mujer de la lata resulta “abollada” también, es decir imperfecta (con joroba, dientes separados y piernas desiguales). El joven Odilón se encariña con “el producto” (que se convierte en esclava) pero éste termina su tiempo de vida y debe deshecharse como un pañuelo kleenex. La obra termina como inició; con un joven solitario repitiendo “Es chingón sentirse amado... aunque sea de mentiritas” Nolasco nos presenta una farsa en vez de una comedia con actores poco experimentados que gritan demasiado y repiten algunos textos sin que se les entienda. El trabajo de Kitzai Maldonado es lo mejor del montaje. No es agradable que se haga mofa de una malformación de la columna al grado en el que aquí sucede pretextando la ficción, tampoco de la fealdad de una joven, pero en fin, autor y director en este caso son responsables; al fin que el público, cruel como suelen ser las turbas anónimas, goza del momento. Con su pan se lo coman. A mí no me hizo gracia.

Mario Ficachi